

Por un noviazgo cristiano Cómo tratarse durante el noviazgo

El trato en el noviazgo carece de sentido si no se desenvuelve en un clima de conocimiento –y aun podríamos decir de descubrimiento– mutuo, ya que se orienta a constituir un estado de vida definitivo, en el que se deberá convivir con la otra persona hasta la muerte. Lo cual reclama, ciertamente, toda una serie de condiciones, que debemos exponer ahora brevemente.

1º Captar lo más perfectamente al otro.

El noviazgo es esencialmente una etapa de descubrimiento que los novios deben aprovechar para traspasar la corteza del otro, averiguar detrás de las apariencias la verdadera configuración de su personalidad, captar su valor profundo, aprender a adaptarse a sus reacciones y a intuir sus deseos. La pareja se despojará así de todas las máscaras exteriores, tanto las de virtudes aparentes como las de defectos o reacciones desconcertantes a primera vista, para encontrar en el otro lo que hay de constante y de más profundo. En resumen, se descubrirá el carácter, temperamento y valor moral del otro. Sólo así llegarán a ser sólidos y duraderos entre los novios los lazos del corazón, y sabrán ponderar al futuro cónyuge según su verdadero peso.

¡Cuántas parejas hay para quienes el noviazgo es tan sólo un feliz intermedio entre dos etapas de la vida! Más tarde –se dicen– surgirán las cargas de la familia que no permitirán ya entregarse a la vida; ahora hay que aprovechar al máximo los últimos meses de libertad. Esta mentalidad es una obra maestra de estupidez y de inconsciencia, pues hace que se llegue al matrimonio sin saber lo que el mismo significa, y sin conocer a la pareja con quien se contrae. Bastarán algunos meses de vida en común para descubrir con estupefacción la incompatibilidad que existe entre ambos, y que no estaban hechos bajo ningún aspecto para unirse. Pero entonces ya no quedará otra opción que la de poner a mal tiempo buena cara, lo cual no siempre se consigue.

No se puede jugar con la propia vida y felicidad de manera tan inconsciente. Uno no se casa sin haber sondeado seriamente las posibilidades de acuerdo, sin haber juzgado y sopesado la existencia de una complementariedad y armonía entre ambas partes. Pero para eso hace falta considerar y examinar detenidamente las cosas, y confrontarlas juntos, bajo pena de exponer definitivamente el matrimonio al infortunio.

2º Estudiar el medio familiar del otro.

Para que ambos novios puedan conocerse sin falsedad ninguna, nada vale tanto como estudiar al otro en su comportamiento con la propia familia, ya que en el propio hogar cada uno de ellos se manifiesta según lo que es espontáneamente, sin careta ninguna.

Así es como el novio, en el hogar de *su novia*, podrá observar por anticipado a su futura esposa. Lo que ella sea en su casa de ahora, lo será en su hogar de mañana. Si él la encuentra entonces agria, sin interés, torpe, desdeñosa ante los trabajos hogareños, soñadora, quejosa por cualquier cosa, así será el día de mañana. Si, por el contrario, la encuentra valiente, activa y hábil en los trabajos caseros, llena de animación y de buen humor, capaz de vivir en su casa alegre y serena, así será ella mañana en su propio hogar.

A su vez *el novio* debe permitir que su novia le vea evolucionar en su medio familiar. Si, observándole, lo ve ella desaliñado e indolente, violento y grosero, impaciente y exigente, sabrá que así será él cuando vivan juntos. En cambio, si le ve amable con sus padres, lleno de delicadeza y de solicitud con su madre, cordial con sus hermanas, afable con todos los suyos, puede ella estar segura de que así será el día de mañana.

Importa también saber cómo es juzgado el otro por quienes le rodean. Desde hace años los padres, hermanos, hermanas, viven juntos; han tenido ocasión de estudiar las constantes más hondas de la personalidad del hijo o de la hija. Escuchando discretamente, el novio podrá descubrir lo que es su novia a través del juicio, por lo general bastante justo, que sus íntimos forman de ella; y lo mismo podrá descubrir la novia respecto de su novio.

Este conocimiento del medio familiar y de las reacciones que suscita, es de la mayor importancia con miras a una comprensión profunda del otro. Allí podrá descubrirse el camino seguido por cada uno en la elaboración de su personalidad, y aprender lo que debe o no decirse, lo que conviene hacer y lo que no, las actitudes que podrán ayudar o perjudicar al otro en su desarrollo personal.

Además, sólo así podrá establecerse un contacto con los futuros padres políticos. Las dificultades que suelen oponer a los jóvenes esposos con sus suegros no son sólo tema de bromas fáciles, sino a veces, y por desgracia, una realidad. «Quien se casa adquiere una familia», reza el refrán. No quiere eso decir que se case uno con toda la familia del otro, pero sí que pasa a ser parte integrante de ella. Por eso cabe preguntarse: mi novio o mi novia, ¿aceptará que mi familia sea ahora la suya? ¿está aprendiendo a conocerla y a adaptarse a ella? Y mi familia, por su lado, ¿está dispuesta a dispensar una acogida cordial a la parte recién llegada, o va a cerrarse a ella?

3º Estudiar también el medio social.

Al igual que el medio familiar, también el medio social tiene su importancia. Cada cual evoluciona en un ambiente dado, al que le impulsan sus tendencias naturales, sus lazos de amistad o las exigencias de su trabajo. El individuo no

puede ni suprimir ni sustraerse del todo a ese marco, sino sólo reducir su influencia. Por eso importa que cada uno de los novios sepa descubrir ese medio en que forzosamente habrá de entrar.

En el matrimonio, cada uno de los esposos hereda un nuevo círculo de amistades: el del otro. Si el joven esposo se muestra reacio a las amigas de su esposa, o si la esposa no logra soportar a los amigos de su marido, ¡cuántos conflictos surgirán! Por eso hay que poner cuidado en conocer esos futuros amigos antes de casarse. La otra parte tendrá que aceptar ese universo e integrarse a él, para lo cual tiene derecho a saber a qué se compromete.

Ahí se encontrará el reflejo de las ideas y de las preocupaciones que sustenta el futuro cónyuge. La ventaja de conocer y observar ese medio es que revela quién es quien sin reservas ni rodeos. Los amigos se muestran habitualmente tal como son, y si, quizá por inconsciencia, el novio o la novia disimulasen, los amigos se encargarían de revelarlos a plena luz. En este sentido valen su peso en oro, porque reflejan cuál es la mentalidad general del novio o de la novia.

4º Defender la intimidad.

Sin embargo, los novios deben reservar lo mejor de su tiempo para sí mismos. La razón de ello es que el matrimonio es un compromiso que liga al nivel del alma y del corazón, y por eso no debe contraerse sin haber aprendido a conocer el alma del otro, todo ese mundo secreto que se agita detrás de la máscara y que no se revela más que poco a poco. Quien no profundice hasta ahí y no logre trazar la fisonomía interior de su cónyuge, no tiene derecho a unir su existencia con la del otro, porque no sabe lo que hace.

Descubrir verdaderamente el mundo interior del otro es el auténtico objetivo del noviazgo; y el único camino que permite este descubrimiento es la intimidad de los novios: encontrarse a solas día tras día, y manifestarse el uno al otro a través de conversaciones que revelen poco a poco una parte de la riqueza del otro, y declaren gradualmente su ser más profundo.

Esta intimidad no ha de ser una charla insulsa, sino un intercambio: descubrir mutuamente la propia alma, discutir sus respectivos conceptos sobre la mujer, el hombre, el amor, el matrimonio, los hijos, la vida y... Dios; porque, a lo largo del camino que pronto van a emprender conjuntamente, son esos conceptos los que entrarán en juego y serán fermento de discordia o elementos de unión. El hogar no se construye sobre el atractivo de un rostro o la ternura de un instante, sino sobre los pensamientos, deseos, sueños, penas, esperanzas, alegrías y tristezas que el amor ha de poner en común. El noviazgo debe desarrollarse a ese nivel, y exhibir ante el otro ese fondo secreto de sí mismo, cada uno de cuyos elementos favorecerá o perjudicará la futura unión.

5º Ser sincero con el otro.

Descubrir el propio yo para dejar ver lo que se agita en su interior es algo sumamente difícil, ya que, inconscientemente, procuramos sustraernos siempre al juicio ajeno. Por eso mismo, los novios deben hacer un esfuerzo por ser lo más

francos posibles entre sí, dentro de los límites de un sano decoro, con la finalidad de revelar al otro el pensamiento propio, y permitirle hacer la elección adecuada en orden a compartir toda la vida.

Por eso, los novios deben armarse de una **gran sinceridad y lealtad**. El futuro cónyuge tiene derecho a saber a qué se va a ligar toda su existencia. No vivirá el día de mañana con una persona idealizada; se encontrará con un ser que oscilará, como toda criatura humana, entre perfecciones e imperfecciones, cualidades y defectos, virtudes y vicios.

A la sinceridad debe unírsele **la humildad**, reconociéndose cada cual tal como es, ni más ni menos, y presentándose sin falsa riqueza, mostrando al otro que uno no es más que lo que es, y que él tendrá que acomodarse a esta pobreza durante toda su existencia. Sólo así se estará colocando la piedra angular de un matrimonio con todas las garantías de acierto y de duración.

6° Abrirse al otro.

Finalmente, no basta mostrarse al otro bajo su verdadero aspecto, sino que también hay que abrirse a él, aprovechando la época del noviazgo para corregir las propias preocupaciones egoístas y convertirlas en una constante solicitud hacia el otro. En suma, a la humildad hay que añadir **una caridad soberana** que inicie, desde el período del noviazgo, el desposeimiento que implica todo amor. Cada cual debe esforzarse, en cuanto pueda, en asociarse a las preocupaciones del otro, en compartir sus gustos, en hacer suyos sus modos de pensar y de obrar.

Sin duda surgirán dificultades, porque no se aprende de golpe a convivir con otra persona. Para ello hace falta un largo aprendizaje que no terminará hasta pasados varios años de vida conyugal. Pero ya un noviazgo bien llevado y sanamente orientado consolida a una pareja y la prepara admirablemente para la unidad en la que tendrán que vivir durante su vida entera.

En orden a eso, los novios deberán poner en acción lo que podría llamarse «el mecanismo de la armonía», que consisten en el juego recíproco por el cual la psicología de cada uno se transforma poco a poco para adaptarse al otro. El secreto de la felicidad conyugal depende de ese mecanismo, de modo que cuanto antes funcione, antes se logrará la armonía y la concordia, y cuanto más se retrase, más obstáculos se acumularán, y más comprometido se verá el amor.

Es tal la importancia de todo lo expuesto hasta aquí, que puede decirse que **el noviazgo sólo vale si se entabla estando dispuestos a... romperlo**; esto es, que si este esfuerzo de conocimiento y comprensión mutua mostrara que entre los novios no se dan las condiciones para asegurar un matrimonio feliz, no habría que dudar un instante en cortarlo. La felicidad, la virtud y la vida eterna de ambos novios puede depender de ello.